«LAZARILLO DE TORMES» DE ALFONSO VALDÉS

por

ROSA NAVARRO DURÁN



SALAMANCA
2002

LAZARILLO DE VALDÉS

PUBLICACIONES DEL SEMYR

hojas secas

1

JUNTA DE GESTIÓN DEL SEMYR
(2001-2002)

Pedro M. Cátedra, director
Jesús D. Rodríguez Velasco, coordinador general
Mª. Isabel de Páiz, secretaría & coordinadora de publicaciones
Juan Miguel Valero Moreno, comunicación
Francisco Bautista Pérez, vicesecretaría
Miguel M. García-Bermejo Giner, vocal
Javier Guijarro Ceballos, vocal
Alejandro Luis Iglesias, vocal
Georgina Olivetto, vocal
Javier San José Lera, vocal
Manuel A. Sánchez Sánchez, vocal
Jacobo Sanz Hermida, vocal
María Isabel Toro Pascua, vocal
Presidente de la Sociedad Española de Historia del Libro, vocal
Presidente de la Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas, vocal

«LAZARILLO DE TORMES», DE ALFONSO DE VALDÉS (c. 1530)

por
ROSA NAVARRO DURÁN

SALAMANCA
Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas
Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas
MMII

©Rosa Navarro Durán
I.S.B.N. 84-932346-5-6
D.L. S. 1090-2002
Compuesto en SEMYR
Impreso en Gráficas Cervantes
(Salamanca)

[...] años no es nada
Para don Francisco Rico

1

DE CÓMO LÁZARO DE TORMES TAL VEZ NO ESCRIBIÓ EL PRÓLOGO A SU OBRA

Realidad, puerto de niebla, engaño de los ojos .
Guillermo Carnero

COMO es bien sabido, Quevedo, al escribir *El Buscón*, seguía el modelo del *Lazarillo* y no el del *Guzmán*; su pícaro no hace una «confesión general», sino una «relación», y la dirige también a un destinatario concreto, un «vuestra merced», del que a veces se olvida, como lo hace del esquema narrativo nítido de su modelo. Dos elementos de su «construcción» novelesca me han llevado a esta reflexión: la «carta dedicatoria» preliminar que figura en los manuscritos de Córdoba y Santander y la precisión del género de «vuestra merced», que es «señora» en el códice de J. J. Bueno y «señor» en *C* y *S*. Para facilitar el trazado del «toque de la imaginación», como diría Guzmán, del que hago caso, copio la citada «carta dedicatoria»:

Carta dedicatoria

Habiendo sabido el deseo que v. m. tiene de entender los varios discursos de mi

> vida, por no dar lugar a que otro (como en ajenos casos) mienta, he querido enviarle esta relación, que no le será pequeño alivio para los ratos tristes. Y porque pienso ser largo en contar cuán corto he sido de ventura, dejaré de serlo ahora (1).

Es evidente que este texto –no me interesa ahora el problema de su autoría– está escrito siguiendo el modelo de las palabras de Lázaro en el prólogo del *Lazarillo*: «Suplico a Vuestra Merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico, si su poder y deseo se conformaran. Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, parescióme no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona; y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto» (2). Y es evidente también que «Vuestra Merced» (se nos dirá sólo que el Arcipreste de San Salvador es su «servidor y amigo») puede ser tanto «señor» como «señora» porque no hay marca alguna en el relato que precise su género –Francisco Rico habla de «tratamiento neutro» (3)–; aunque ante esa ausencia, la lectura obligada es evidentemente «señor».

1 Las dos partes del prólogo

Si leemos el prólogo del *Lazarillo* teniendo en cuenta esa imitación, veremos cómo está formado claramente por dos partes. En la primera, el yo emisor se dirige a un receptor plural, a los lectores: es el escritor o ficticio editor; y en la segunda, el yo sólo habla a «Vuestra Merced», y su propósito es otro: el yo es el narrador y personaje de la autobiografía.

Veamos con detalle esa dualidad (sigo siempre la edición de Francisco Rico): «Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de *muchos* y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que *alguno que las lea* halle algo que *le* agrade, *y a los que no ahondaren tanto los* deleite». Ilustra luego la idea con una cita de Plinio –que recoge el *Guzmán de Alfarache*– diciendo que «no hay *libro*, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena», y sigue justificando lo que está haciendo él, ofreciendo a los lectores la obra: «Y esto para que ninguna cosa se debría romper ni echar a mal, si muy detestable no fuese, sino que *a todos se comunicase*, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar della algún fructo. Porque, si así no fuese, muy pocos escribirían para uno solo, pues no se hace sin trabajo, y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con

que *vean y lean sus obras* y, si hay de qué, *se las alaben*». Una nueva cita, de Cicerón, lo ilustra: «Y a este propósito dice Tulio: 'La honra cría las artes'».

Luego abre un paréntesis con ejemplos del gusto que tiene el hombre por la alabanza, por la gloria. Lo comparten el soldado, el teólogo, el caballero; en ellos está por encima de la propia vida, de la salvación de las almas y de la verdad, respectivamente. Y acaba el razonamiento desembocando en su caso: «Y todo va desta manera; que, confesando yo no ser más sancto que mis vecinos, desta nonada, que en este grosero estilo escribo, no me pesará que *hayan* parte y *se huelguen* con ello *todos los que* en ella algún gusto *hallaren*, y *vean* que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades». El deseo de alabanza, de gloria, también le lleva a él a dar a los lectores esta «nonada», fórmula habitual de *captatio benevolentiae* del *lector* (4).

Pero de pronto, sin tránsito alguno, comienza la ya citada dedicatoria «Suplico a Vuestra Merced [...]». Y no reaparece más ese yo que justifica la divulgación de la obra, solo oímos la voz del personaje, de Lázaro, que explica la causa y forma de su relación y la voluntad que le guía en el tan comentado párrafo: «Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba [...]». No es aquí un escritor que ansía alcanzar la gloria con su obra, o que se la alaben, sino el personaje de la propia obra, el

narrador de la autobiografía. El receptor no son los lectores; su destinatario es «Vuestra Merced», como en toda la carta de relación, y Lázaro la escribe porque dice que esa persona se lo ha pedido. Víctor García de la Concha ha sabido ver que «se entrelazan aquí dos cosas, de suyo distintas, la dedicatoria de una obra y el prohemio de contestación epistolar» y subraya cómo «la noticia básica» con que comienza la relación epistolar «se presenta como inicio de la respuesta solicitada: 'Vuestra Merced escribe se le escriba y relate [...] Pues sepa Vuestra Merced'» (5).

En el prólogo del *Lazarillo* hay, pues, dos discursos distintos fundidos: el del prologuista (y editor) y el del «autor» del relato, Lázaro. El primero habla a los lectores de la obra que presenta; el segundo lo hace a su interlocutor, a «Vuestra Merced», a quien le cuenta su vida. El prólogo en realidad acaba en «y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades»; porque, a partir de «Suplico a Vuestra Merced reciba el pobre servicio [...]», comienza ya el relato de Lázaro, es decir la obra, *La vida de Lazarillo de Tormes*. Son dos emisores distintos, y también lo son los destinatarios de su discurso: en el llamado *prólogo* del *Lazarillo* figura, unido a él, el comienzo del relato.

Quevedo –o el autor de la «carta dedicatoria»– se da cuenta perfectamente de que es ahí, en «Suplico a Vuestra Merced [...]», donde

empieza *la obra*, donde comienza a hablar –a escribir– el personaje, porque lo anterior *no* es la obra, sino el prólogo del escritor o del ficticio «editor» al relato (y, por tanto, este párrafo *no* forma parte ya del *prólogo*). Ésta es mi hipótesis. Pero ¿cuál es su fundamento?, pensará el lector. Creo que los textos que nos han llegado de *La vida de Lazarillo de Tormes* podrían dárselo.

2 El epígrafe casi oculto

Vayamos a ver la impresión de las cuatro primeras ediciones que tenemos del *Lazarillo*. Sigo de nuevo a Rico, ahora en su *stemma* (y a Cavaliere y a Alberto Blecua), que la nueva edición, exhumada o «desemparedada», de Medina del Campo no ha hecho más que confirmar (Jesús Cañas lo ha completado añadiéndola) (6). Burgos y Medina tienen una peculiaridad notable (7). *B* acaba el *Prólogo* e inmediatamente, sin blanco alguno, viene el epígrafe «Cuẽta Lazaro su vida, y cuyo hijo fue», y en la línea siguiente comienza el relato, «Pues sepa .U. M. ante todas cosas q̃ a mi llamã Lazaro de Tormes [...]», sólo con una inicial mayor. Si vemos el principio del tratado segundo, está ya, en cambio, marcado, no con ilustraciones como los otros, pero sí destacado, y la capital que inicia el texto aparece ilustrada. El tratado tercero tendrá ya ilustración inicial, y desde el cuarto al último, el impresor señala

mucho más la separación de los tratados (8).

¿Qué ocurre en la edición de Medina del Campo? Casi lo mismo. Deja una línea en blanco al final del prólogo e inicia en la página siguiente el tratado primero con el epígrafe, la capital también sólo está destacada por su tamaño. La del comienzo del segundo está asimismo ya ilustrada. En cambio, el tercero está tan destacado con ilustración como los siguientes (aunque el cuarto no la tenga aquí). Es evidente que el modelo común de *B* y *M* tenía la misma disposición: el único tratado cuyo comienzo apenas quedaba marcado era el primero.

¿Y Amberes y Alcalá? Martín Nucio no sólo separa totalmente el prólogo, sino que intercala entre él y el primer tratado el privilegio de impresión. Destaca el comienzo de la obra y luego iguala los de los tratados: es ya un impresor con conciencia de simetría. La de Alcalá no guarda esa armonía en la disposición, pero sí indica el «fin del prólogo», iguala los epígrafes, pero no los blancos que los separan. Siguen ambas evidentemente otro modelo, posterior, que ya ha aceptado la unidad del prólogo, desgajada de forma clara.

3 ¿Errata o «lectio difficilior»?

En la fiel (9) impresión de Juan de Junta, el texto dice: «desta nonada q̃ eñste (10) grossero estilo *escriuio*»; en las otras tres ediciones figura *escriuo*, pero en la de Burgos se lee claramente *escriuio*. ¿Es sólo una *errata evidente* de *B*, como señala Caso (11), o es una *lectio difficilior*? ¿Estaba así en la edición perdida, y sólo Juan de Junta lo leyó? Parece que el razonamiento del prologuista lleva a *escriuo* –o a *escriui*–, pero ¿no podría leerse desde otro presupuesto y darle así sentido a esa variante? Con ella se sustentaría la hipótesis que estoy apuntando: el prologuista, que se presentaría únicamente como editor, estaría divulgando la obra de Lázaro, la «nonada, que en este grosero estilo escribió». Por eso dice al comienzo: «Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido». Incluso la afirmación que sigue a la cita de Plinio, que la justifica, cobra nueva luz así: «Y esto para que ninguna cosa se debría romper ni echar a mal».

Ya sé que no deja de ser forzado sintácticamente que se hable de la acción de alguien que no ha sido nombrado; el lector podría preguntarse quién es el sujeto de *escribió*, aunque en seguida lo averiguaría, es el *hombre* que ha vivido «con tantas fortunas, peligros y adversi-

dades». En el cambio brusco de sujeto se vería la ambigüedad del que se presenta sólo como editor y sabe que es también el autor; él es en realidad la primera persona que hablaba y la tercera que ahora presenta y a la que va a prestarle el yo, aunque tenga que aparentar que no es así en su *ficción*.

4 El folio perdido

Para que cobren sentido el epígrafe casi oculto y esta curiosísima variante, siempre considerada errata, voy a apuntar otra hipótesis que, como a Guzmán, haría que se me confirmara el «toque de la imaginación». Sé que por ahora es indemostrable, aunque es totalmente verosímil: primero hay que imaginar la realidad –*puerto de niebla*– para verla. Creo que, entre «y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades» (que, como se ha dicho, forma el título de la obra: *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*) y la dedicatoria «Suplico a Vuestra Merced reciba el pobre servicio [...]», falta algo: ¿Sólo un blanco que separara el final del prólogo del comienzo de la obra? ¿Un epígrafe que marcara ese principio de la carta de relación del pregonero? ¿O, más bien, un folio que fue a propósito arrancado del manuscrito original, o del primer impreso (como yo creo) (12), y que tal vez indicara algo más de esa «nonada» tan

extraordinaria que el prologuista, y editor/escritor al tiempo, daba «a noticia de muchos», o al menos sirviera de tránsito entre esos dos discursos tan distintos acabando el prólogo? Esa es precisamente la razón de que las ediciones de Burgos y Medina ofrezcan un final del *prólogo* apenas marcado (ya figuraba así en el texto del que derivan) porque la división estaba antes e indicaba el comienzo del relato de Lázaro. ¿Cómo puede explicarse que se separen de forma tan manifiesta los otros tratados y no *el comienzo* de la obra? La división que presentan Amberes y Alcalá es la rectificación lógica –y posterior– de esa supuesta omisión tan extraña.

Los textos hablan por sí solos; no es casual esa clara separación: es la que hubiera debido aparecer en todas las ediciones si no existiera ningún hecho oculto. Se rectifica en Amberes y Alcalá lo insólito, el que no se separe de forma manifiesta el final del prólogo del comienzo de la obra (cuando luego sí aparecen divisiones marcadas en ésta). Y ese hecho raro es el que oculta lo que no puede verse, porque precisamente es un vacío, el del folio que se hace desaparecer (13); su falta fundiría esas dos partes del libro en el ejemplar que sirvió de modelo al arquetipo de Burgos y Medina.

Como el relato de Lázaro empieza adecuadamente con la dedicatoria «Suplico a Vuestra Merced reciba el pobre servicio de mano de quien [...]», en el folio perdido estaría el final

del prólogo y el blanco que lo separaba del comienzo de la carta de relación. Y, en efecto, como suponía muy bien Rico, ésta no tendría epígrafe inicial alguno.

El impresor del arquetipo de *B* y *M* se encontró ya con la fragmentación de la obra en partes marcadas por los epígrafes (14), pero no con el que señalaba el comienzo de la obra –o el blanco– porque ésta estaba fundida (por la falta del folio) con el prólogo, que sí estaba rotulado. Se inventó el epígrafe inicial «Cuenta Lázaro su vida, y cúyo hijo fue», que colocó discreta y erróneamente donde le pareció. Ese epígrafe no tiene la misma factura que los otros: «Cómo Lázaro se asentó con un clérigo, y de las cosas que con él pasó», «Cómo Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaesció con él», «Cómo Lázaro se asentó con un fraile de la Merced, y de lo que le acaesció con él», «Cómo Lázaro se asentó con un buldero, y de las cosas que con él pasó», «Cómo Lázaro se asentó con un capellán, y [de] lo que con él pasó», «Cómo Lázaro se asentó con un alguacil, y de lo que le acaesció con él». Francisco Rico puso sobradamente de relieve la «equivocación estridente» de esta malhadada frase, de ese «inadmisible» rótulo, cuya primera mitad podría aplicarse a toda la obra, porque «conviene a todo el *Lazarillo*», y vio también «que el capitulador quiebra la continuidad que el escritor incógnito había establecido entre las

páginas que él distinguió estúpidamente como «Prólogo» y «Tractado primero» (15).

Esa destacada inhabilidad del impresor precisamente en ese epígrafe no hace más que confirmar mi idea: no sabía dónde separar prólogo y relato, tenía que hacerlo porque en el ejemplar que copiaba estaban los otros epígrafes (y también el del prólogo) y lo hizo al comienzo de la narración. Como dice otra vez agudamente Francisco Rico: «Al rotular ese «tractado», nuestro hombre ha atendido solo a lo que, por contraste con el «Prólogo» –indiscutiblemente mal leído–, saltaba sin más a la vista de un miope, a lo primero que salía al paso con una nota de diversidad respecto a lo precedente» (16). Sólo que, si se aceptara mi teoría, su impericia estaría un tanto justificada: el impresor se veía obligado a llenar un vacío e hizo lo que pudo.

5 A LA LUZ DE LA HIPÓTESIS

Me estoy moviendo, pues, en el terreno de las conjeturas; evidentemente, dada la situación textual del *Lazarillo*, resulta hoy imposible saber con total seguridad si estoy en lo cierto; pero sólo aceptando la hipótesis que acabo de formular, puede leerse –me parece– de forma adecuada el comienzo de la obra, puede entenderse ese brusco cambio de estilo que evidentemente hay en el prólogo (que se ve mucho

mejor a esta luz), adquiere relieve esa variante de la edición de Burgos (que deja de ser errata y pasa a ser *lectio difficilior*) y cobra sentido ese extraño epígrafe que abre la obra casi emboscado. Lázaro no sería ya el autor de ese prólogo culto (17), no sería el escritor/editor que habla de divulgar la obra y de alcanzar fama, y podría seguir siendo *sólo* un pregonero cornudo de Toledo que dice que ha conseguido llegar así ¡a «la cumbre de toda buena fortuna»! y que cuenta su vida a «Vuestra Merced» porque le ha pedido le «relate el caso muy por extenso».

Si se hubiera hecho desaparecer un folio, podría ser que se aclarase en él la identidad de «Vuestra Merced», que quedaba, por tanto, salpicado –a través de su «servidor y amigo»– del *caso* de Lázaro; no tiene sentido, de lo contrario, esa precisión: «Vuestra Merced» hubiera aparecido, como en *El Buscón*, sólo como un interlocutor hueco. Y se haría evidente también en ese folio el sentido preciso del *caso,* que confirmaría la teoría que tan brillantemente ha desarrollado el profesor Rico; así cualquier lector –y no sólo un sagacísimo crítico– hubiera podido verlo.

Me atrevo incluso a sugerir que, si «Vuestra Merced» fuera una dama –como en el códice *B* de *El Buscón*–, quedaría justificado el «hablando con reverencia de Vuestra Merced, porque está ella delante» del capítulo último del *Lazarillo*: no se refiere Lázaro al Arcipreste, con quien habla, porque la expresión sería redundante (ni

a su mujer, por supuesto; el «me habló [...] delante della» prepara en el curso del relato la posterior reacción de su mujer al oír sus palabras), sino a la destinataria de su carta, y se confirmaría también lo que Rico dice: «No conozco ejemplos de *Vuestra Merced* aplicado a un varón y representado por *ella*» (18).

Creo que Francisco de Quevedo –o quien redactara la «carta dedicatoria» de *El Buscón*– tenía razón al ver que en «Suplico a Vuestra Merced» empezaba ya el relato de Lázaro, pero no *antes*. E incluso podría ser que ese vocativo de «Yo, señora, soy de Segovia» del códice *B* tuviera su antecedente precisamente en su modelo.

2

SOBRE LA FECHA Y EL AUTOR DE LA *VIDA DE LAZARILLO DE TORMES*

También en el ajedrez y en el amor hay esos instantes en que la niebla se triza y es entonces que se cumplen las jugadas o los actos que un segundo antes hubieran sido inconcebibles.

Julio Cortázar, *Reunión con un círculo rojo.*

A PARTIR de la lectura de *La vida de Lazarillo de Tormes* que acabo de apuntar, a la luz de las variantes en los manuscritos de *El Buscón*, se ven elementos de su estructura antes ocultos y nuevos matices en su sentido. Ese nuevo enfoque obliga ya a replantearse cuál es la ideología que hay en la obra y a revisar la fecha de su creación; así se podrá *ver* además quién es el autor. La prueba definitiva de su identidad la da un libro que él leyó con mucho placer.

1 VUESTRA MERCED, LÁZARO Y EL ARCIPRESTE DE SAN SALVADOR

Lázaro escribe la relación de su vida a Vuestra Merced porque esa persona le pidió que relatara el caso «muy por extenso». Si el destinatario de la carta fuese una dama, como

he sugerido, cobraría sentido la fórmula de disculpa que Lázaro usa después de decir al Arcipreste de San Salvador lo que afirman algunos de sus amigos de su mujer, «que antes que comigo casase había parido tres veces». El «hablando con reverencia de Vuestra Merced porque ella está delante» no formaría, pues, parte de las palabras que dirige al Arcipreste, sino de la narración a «Vuestra Merced»; es *ella* la que está leyendo el texto, la que puede, pues, sentirse molesta por la rudeza de las palabras de Lázaro, mejor dicho, por su contenido porque sólo a una mujer pueden afectar esas palabras, el que «había parido tres veces». No sería sólo una cuestión gramatical, ya que es difícil pensar en nuestra lengua en hablar de «ella» refiriéndose a un hombre (19), arrastrado el pronombre por la fórmula de tratamiento «Vuestra Merced», sino también un hecho de sensibilidad, y ésta queda afectada por lo que le incumbe.

En el *Quijote*, vemos cómo usa Sancho una fórmula de cortesía pidiendo perdón sólo a las damas honorables, porque pudieran sentirse heridas por una afirmación que va a hacer. Acaba de darse cuenta de que Dorotea, la supuesta princesa Micomicona, se besa a hurtadillas con don Fernando y, deseando decirle a don Quijote cómo sus esperanzas se han esfumado porque la falta de decoro indica que la princesa no es tal, empieza con un «¡Ay, señor, señor, y cómo hay más mal en el aldegüela que

se suena, con perdón sea dicho de las tocadas honradas!»; y cuando ya su señor le incita a hablar, afirma: « [...] yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora que se dice ser reina del gran reino Micomicón no lo es más que mi madre, porque a ser lo que ella dice no se anduviera hocicando con alguno de los que están en la rueda, a vuelta de cabeza y a cada traspuesta» [I, XLVI, 533] (20). Pide perdón sólo a las mujeres porque sólo ellas pueden sentirse aludidas al señalar el comportamiento de otra mujer; lo mismo sucedería con la fórmula de Lázaro: sus palabras pueden ofender a una mujer, no a un hombre, y, por tanto, es más lógico que el pregonero pidiera disculpas a una dama.

De «Vuestra Merced» sólo sabemos que no vive en Toledo, como ha subrayado Víctor García de la Concha (21); sólo así es verosímil que no sepa que Lázaro es pregonero en la ciudad. En cambio, el pícaro marca siempre con el deíctico *esta*, que implica cercanía, su presencia en ella. Después de ser puesto en la calle por el clérigo avariento, cuenta cómo «poco a poco, con ayuda de las buenas gentes, di comigo *en esta insigne ciudad de Toledo*» [71] (22). Cerrará el tiempo vivido en Toledo y su relato con las mismas palabras: «Esto fue el mesmo año que nuestro victorioso Emperador *en esta insigne ciudad de Toledo* entró y tuvo en ella Cortes, y se hicieron grandes regocijos», y añade: «como Vuestra Merced habrá oído» [135]. El

ritual, esa precisión que hace Lázaro al hablar de «*servidor y amigo* de Vuestra Merced» cobraría sentido, no quedaría sin función, y además así también sería verosímil el interés de «Vuestra Merced» por lo que le cuenta Lázaro. Y si, a esa posible luz, volvemos a recomponer el enlace entre los *cuatro* personajes del *caso*, veremos cómo «Vuestra Merced» se confiesa con el Arcipreste de San Salvador, cuya amante es la mujer ¡nada menos que de un pregonero! Tal cierre del círculo no hace más que subrayar el hecho de que «el caso» sea la razón de la escritura y no lo sea la relación de la vida del pregonero. Es evidente que algo falta en el texto, al final del prólogo, posiblemente en un folio perdido, como dije, que permitiría al lector saber algo de «Vuestra Merced» porque, si fuese una dama, era obligado indicarlo; no sería ya un interlocutor «neutro», tendría una identidad «marcada»; el autor no está jugando a esconder un dato tan importante como éste, no tiene sentido que le deje al lector como único indicio ese «ella» final para que le sirva de hilo de Ariadna de su texto a posteriori, ni tampoco lo tiene que deje cifrada tan ocultamente la importancia del *caso* en su obra para que *casi* nadie se dé cuenta.

Es posible que precisamente algún dato que diera sobre «Vuestra Merced» fuese la causa de la desaparición de los ejemplares de esa primera edición y de las páginas finales del prólogo, en donde figuraría, en ese ejemplar

«oído», como también indica V. García de la Concha, subraya lo que se ha supuesto, que «Vuestra Merced» no vive en Toledo. La justificación de esta no presencia está en la misma obra, en la carta que le escribe Lázaro y en su declaración de que es pregonero de la ciudad; pero también es necesario subrayarlo porque, si Vuestra Merced fuera una dama y hubiera vivido en Toledo, Lázaro no hubiera podido hacer el juramento que hizo: «Que yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo», porque hubiera ofendido a su interlocutora.

Como señaló Francisco Rico, al formular su fundamental teoría sobre *el caso* y su papel axial en el relato, «el Arcipreste, parece obvio, es el único punto de contacto entre Lázaro y Vuestra Merced»; y añade: «no sorprende, pues, que el tercer personaje del *caso*, la mujer del pregonero sea el principal punto de contacto (digámoslo aún así) entre los dos servidores de 'Vuestra Merced'. *El caso* que interesa a 'Vuestra Merced' es, al fin, la clave de su propia relación con Lázaro» (23). A la luz de la posible condición femenina de «vuestra merced», cobra éste aún más importancia. ¿Qué relación podía existir entre «Vuestra Merced» y el Arcipreste de San Salvador, que es «servidor y amigo de Vuestra Merced»? La lógica nos señala al sacramento de la confesión: si el Arcipreste fuese el confesor de «Vuestra Merced», el director espi-

que sobrevivió gracias a la salvadora amputación. No deja de ser curioso comprobar cómo en el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés hay arrancadas dos hojas justo cuando el personaje Valdés empieza a contar una anécdota del Conde de Ureña (24).

2 El erasmismo del autor del «Lazarillo»

Tras señalar el plausible lazo entre «Vuestra Merced» y el Arcipreste de San Salvador, el sacramento de la confesión, que podría reforzar la estructura de la obra, no voy a ahondar en el camino que marcó Manuel J. Asensio (25) y apuntar de nuevo, para situar al autor, al contexto de los alumbrados, aunque venga a cuento la crítica al sacramento de la confesión del *Diálogo de doctrina cristiana* de Juan de Valdés (26). No hay que perder de vista que el autor no atacaría explícitamente el sacramento, ni tan siquiera lo mencionaría, sólo pondría en relación «confesor» con «pregonero» por medio de la mujer que compartían. Sería una más de sus sutiles ironías, uno de los guiños de su finísima sorna.

Si el autor fuera un alumbrado, no dejaría de ser raro que hubiera jugado con un verbo que le era muy afecto, y el del *Lazarillo* lo hace al crear la paradoja de que el ciego, siéndolo, le *alumbró*, al comienzo de su vida como criado:

«Y fue ansí, que, después de Dios, éste me dio la vida y, siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir» [24]. Utiliza además la expresión a su medida, cuando dice que, «*alumbrado* por el Spíritu Sancto», encuentra una razón plausible para pedirle al «angélico» calderero una llave para el arcaz. Y cierra su vida de amo en amo de nuevo con un «quiso Dios *alumbrarme* y ponerme en camino y manera provechosa» al decir que consigue «un oficio real», que es el vil de pregonero.

En cambio, otro ámbito, el erasmista, que ya ha tenido muy valiosos defensores, desde A. Morel-Fatio a Antonio Vilanova, reaparece, con ese nuevo matiz religioso en el caso que estructura la obra, como el más verosímil para su creación. No deja de ser muy significativa esa acerada afirmación inicial con la que justifica Lázaro los robos del Zaide: «No nos maravillemos de un clérigo ni fraile porque el uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto» (27). Pero además hay razones literarias que avalan tal adscripción.

Personajes sin nombre propio

Lázaro el pobre (28) sirve a un ciego, a un clérigo, a un escudero, a un fraile de la Merced, a un buldero, a un maestro de pintar panderos, a un capellán y a un alguacil. Pregona los vinos

del Arcipreste de San Salvador y se casa con su criada. Lázaro de Tormes dice a «Vuestra Merced» que es hijo de Tomé González y de Antona Pérez y le cuenta una anécdota de su hermano negrito, hijo del Zaide; pero nunca «nombra» a ninguno de sus amos ni a personaje alguno de todo el relato, salvo al negro, morisco, que tiene nombre por serlo (29).

El autor del *Lazarillo* le debe al *Asno de oro* de Apuleyo la estructura en sarta del relato (30) y otros elementos (31); leyó la obra en la traducción de Diego López de Cortegana (Sevilla, *circa* 1525). Sabemos que el avaro del *Asno de oro* se llama Milón, pero no qué nombre tienen ni su discípulo aventajado, el clérigo, ni el escudero del *Lazarillo*, cuya conducta tiene algún rasgo de la suya. No dice Lucio cómo se llaman todos sus amos, pero sí alguno (Tiaso, por ejemplo), y en algún momento hace alarde de nombres propios como cuando menciona en el relato de un joven esclavo al «mulero Mirtilo, el cocinero Hefestión, el camarero Hypnófilo, el médico Apolonio» (32). Cuando Cervantes lleve otra vez el relato en sarta a la boca de un animal, el perro Berganza, aunque también omita éste el nombre de casi todos sus amos, dirá a su compañero Cipión que el primero se llamaba Nicolás el Romo.

En la estructura novelesca en *enfilage*, el autor del *Lazarillo* da carne a personajes inolvidables, pero no los bautiza; así los «adjetivos subjetivizados» que les aplica –en término de

Alberto Blecua–, y que a menudo anticipan o subrayan la condición del suceso inmediato que viven, son sumamente eficaces. Evidentemente es heredero de una tradición oral, de relatos folclóricos (33), en los que a menudo se omite el nombre de los personajes. Sin embargo, no hay que pasar por alto el hecho de que en los cien relatos del *Decámeron* de Boccaccio sólo tres carecen por completo de personajes con nombres propios, el cuarto y el sexto de la primera jornada y el tercero de la tercera, y en el quinto de la sexta jornada sólo se da nombre al amante joven de la protagonista. Si acudimos a la primera recopilación española de «novelas», *El Patrañuelo* de Joan Timoneda (1567), sólo tres de las veintidós patrañas tienen personajes no nombrados: la sexta, que es la historia de un tiratierra; la «docena», la de dos ciegos y un ladrón, y la «catorcena», la de un rey, un abad y su cocinero; las tres son de origen folclórico, de tradición oral, aunque la décimo segunda la toma Timoneda de las *Facezie, motti e burle* de Ludovico Domenichi (34).

Volviendo al *Lazarillo*, el genial autor anónimo remodeló y organizó, en esa extraordinaria novela, material folclórico (35), lo sumó al relato de un humilde personaje que iba de amo en amo –la estructura en sarta que aprendió en *El asno de oro*–, le dio forma de carta de relación y seguramente imaginó que un escritor –o editor (36)– culto fingía que sacaba a la luz pública esa «nonada».

Los amos de Lázaro y las ánimas del «Diálogo de Mercurio y Carón»

Pero, además de la obra de Apuleyo y de los relatos folclóricos, tuvo también delante otro modelo literario, un desfile de personajes que desempeñan diversos oficios del campo eclesiástico y político, que no tienen nombre propio porque ya no son personas, son ánimas, a las que un socarrón barquero Carón interroga en presencia de Mercurio, un dios enteradísimo del panorama político, en el *Diálogo de Mercurio y Carón* de Alfonso de Valdés (37). Pasan hacia la barca, condenadas, las ánimas de un predicador, de uno de los principales del Consejo de un rey, un duque, un obispo, un cardenal, una monja, un consejero del rey de Inglaterra, un rey, un secretario del rey francés, un sacerdote, un teólogo... Las sombras del *Charon* de Pontano le dieron la idea a Alfonso de Valdés, y él le dio vuelo, gracia, ironía, sobre todo en esas ánimas que se condenan, y les hizo describir, con la sinceridad de los sentenciados sin posible apelación, su comportamiento totalmente opuesto al pensamiento erasmista.

Si miramos a la luz del desfile valdesiano de las ánimas la sarta de amos de Lázaro, nos damos cuenta de su anonimato común y, obviamente, de su gran diferencia. Los amos de Lázaro son personajes, aunque no tengan nombre; o al menos, el ciego, el clérigo, el escudero y tal vez el buldero. El fraile de la

Merced e incluso el capellán podrían ser ánimas de la barca de Carón; el maestro de pintar panderos y el alguacil no llegan a ello, y no pueden serlo además porque no pertenecen a los dos mundos, eclesiástico y cortesano, objetos del escalpelo agudamente crítico de Valdés. Todos tienen distintos oficios y se reconocen por ellos, como las ánimas valdesianas, sólo que en el *Lazarillo* se ahonda en su vida, y gana la fábula a la doctrina. El triunfo es definitivo.

Todos ellos tienen en común también una vivencia de la religión que los hubiera condenado indudablemente desde una mirada erasmista. Salvo el maestro de pintar panderos, del que no sabemos nada, porque su presencia parece que se debe a crear tiempo en la vida de Lázaro, como indica Manuel J. Asensio (38), ya que dice inmediatamente «Siendo ya en este tiempo buen mozuelo» [125]. Y el alguacil, que le ofrece un modelo que no le gusta al pícaro por ser su «oficio peligroso». Curiosamente los dos son los que no tendrían cabida en el desfile de ánimas valdesiano porque ni son clérigos ni cortesanos. ¿No será ésta la razón de su breve tratamiento en el *Lazarillo*? ¿No serán personajes de relleno? Al autor sólo le interesaban personajes con oficios relacionados con la iglesia o con la corte, como los del *Diálogo de Mercurio y Carón*; pero la presencia del pintor y del alguacil hacía más verosímil –y tal vez disimulaba– el servicio de Lázaro a tantas

personas relacionadas con el ámbito eclesiástico (39).

Aunque no pertenezca a él, el ciego se gana la vida con las «ciento y tantas oraciones» (40) que «sabía de coro» [25] (41), que sabe «interpretar» magistralmente; y, en cuanto Lázaro le tira de un extremo de la capa avisándole de que se ha ido la que le pagó por rezar, interrumpe la oración, que otras veces abrevia [30]. Es rezar como forma de supervivencia; es una práctica puramente externa, vacía de todo sentido, despojada de su valor de comunicación con Dios, que el ciego utiliza para su provecho. Además podríamos decir de él lo que murmuran del mal sacerdote valdesiano: «Decían también que andaba yo engañando las mujercillas con mil supersticiones» [174] (42).

El comportamiento del clérigo no necesita comentario; basta la afirmación inicial de Lázaro y la posible justificación que apunta: «No digo más, sino que toda la laceria del mundo estaba encerrada en éste: no sé si de su cosecha era o lo había anejado con el hábito de clerecía» [47]. Hace con Lázaro lo mismo que el secretario del rey francés hacía con sus criados, como confiesa su ánima: «Pues mis criados con mejor apetito se levantaban que no se sentaban a la mesa» [*Mercurio y Carón*, 164]. Lázaro lo dirá de otra forma: « [...] acabamos de comer, aunque yo nunca empezaba» [60]. El mal obispo valdesiano, al modo de Epulón, cuenta que «a los

pobres hacía dar de comer en la calle lo que sobraba a mí y a mis criados» [127].

Y tampoco hace falta subrayar cómo el buldero convierte la estafa en su forma de vida, en su oficio, con la explotación de las bulas y su falso milagro. Valdés no olvida el escandaloso negocio de las bulas, la compra de la redención del castigo eterno (43): sube un ánima, condenada, a la barca de Carón con el plomo con que se hacían en Roma los sellos de las bulas para intentar aprovecharlo ¡en el infierno!: «Háseme vendido tan mal este año pasado, que me sobró todo lo que ves, y tráigolo para aprovecharme acá, si fuera menester» [203]. El buldero del *Lazarillo*, con su cómplice, el alguacil, sabe solucionar tal situación con una representación magistral.

El capellán tiene también su pequeño negocio, sacando provecho de su asno y del aguador Lázaro. El fraile de la Merced, «gran enemigo del coro y de comer en el convento, perdido por andar fuera, amicisímo de negocios seglares y visitar», suma a la dejadez en la función de su oficio un «trote» no precisado, pero evidente.

El buen obispo de la segunda parte del *Diálogo de Mercurio y Carón* dice que «a los frailes mendicantes hacía dar muy bien de comer en sus monesterios, no consintiendo que saliesen dellos sino a predicar o a confesar» [244]. Curiosamente antes de esta sabia disposición, que hubiera evitado el «trote» del fraile de la

Merced, indica otra sobre los vagabundos que recuerda la del municipio de Toledo que afecta a Lázaro y a su amo el escudero: «Procuré que se quitasen los vagabundos [...], y que a los extranjeros diesen de comer en cada lugar por tres días y no más, echándolos al tercero día fuera, si no estuviesen notablemente enfermos» [*ibid.*] Y el propio Carón, atónito ante el relato del ánima del buen predicador, dice: «Si muchos tales como éste se levantan entre cristianos, bien me podrán dar a mí cient azotes por vagabundo» [257].

Al fraile podemos unirle el Arcipreste de San Salvador, tan «generoso» con Lázaro gracias al disfrute de su mujer (44). A este propósito, basta recordar al obispo valdesiano que tenía para su «recreación» a la hermosa Lucrecia [129], al sacerdote que se llama cristiano «perfecto», que «cuando la carne mucho le vencía» iba con mujeres, pero lo hacía «muy secretamente» [174], o la sincera declaración que hace a Lactancio el Arcediano del Viso hablando de las mujeres: «Mantenéislas vosotros, y gozamos nosotros dellas» (45).

Es evidente que el estamento eclesiástico queda ampliamente representado en el *Lazarillo*, como lo estaba en el desfile de las ánimas condenadas de la primera parte del *Diálogo de Mercurio y Carón*.

Valdés une a los malos cumplidores del «oficio» eclesiástico los cortesanos: el arrogante duque, el rey y los tres consejeros o secretarios

de reyes. En el *Lazarillo* hay también un representante de este estamento: el escudero. La genial pintura que de él hace su autor (46), con el contraste entre su engañosa apariencia y su pobreza absoluta, que confunde al propio Lázaro, con su ridículo concepto de «honra» (47), deja en segundo lugar su función como servidor de señores. Pero él le expone claramente al muchacho cómo desempeñaría su oficio de privado: «Yo sabría mentille tan bien como otro y agradalle a las mil maravillas». Exhibe un programa de actuación que está en la línea de lo que han hecho los consejeros de reyes en el *Mercurio y Carón*. (48) Y pone fin al relato de lo que haría con una afirmación propia de esos cortesanos: «[...] y otras muchas galas de esta calidad que hoy día se usan en palacio y a los señores dél parecen bien, y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos, antes los aborrescen y tienen en poco [...]» [105-106].

El escudero practica además una devoción externa, huera; es de misa diaria para cumplir con la iglesia y guardar las apariencias. El día en que lo encuentra Lázaro, cuenta cómo a las once entran en la iglesia mayor «y muy devotamente le vi oír misa y los otros oficios divinos, hasta que todo fue acabado y la gente ida» [73]. Y, como ha subrayado A. Vilanova (49), otro día va de nuevo a misa, y luego lo ve Lázaro «en gran recuesta con dos rebozadas mujeres» [85]. El ánima del principal del Consejo del rey,

en el *Diálogo* de Valdés, también dice que «oía cada día mi misa», aunque él tiene un oficio, que deja de cumplir para dedicarse a todas las prácticas religiosas posibles. El amo de Lázaro ansía un oficio parecido aunque nada tiene ni nada hace; yendo a misa ocupa su tiempo vacío. El escudero es un ente de ficción inolvidable gracias, sobre todo, a la mirada bondadosa del pícaro.

Concordancias léxicas entre el «Lazarillo» y los «Diálogos» de Alfonso de Valdés

Aunque sé lo poco significativas que pueden ser las elecciones léxicas, no puedo menos que señalar concordancias curiosas en expresiones de las dos obras. En el *Diálogo de Mercurio y Carón* también aparecen las frases «alumbrar» y «cegar el entendimiento» con las que iniciaba este intento de situar en su contexto literario al *Lazarillo*. El buen casado cuenta cómo «luego me alumbró Dios el entendimiento» [184]; y Carón, al enterarse del comportamiento tramposo de los franceses afirma: «Agora te digo, Mercurio, que ha Dios cegado a los franceses el entendimiento» [199]; lo mismo que dice Lázaro del ciego antes de su salto contra el poste, que «Dios le cegó aquella hora el entendimiento» [45].

El mezquino clérigo, cuando le daba de comer a Lázaro los huesos que él había roído, decía: «Mejor vida tienes que el Papa» [50]. Y

esa comparación la había utilizado el ánima del predicador sin ironía: «[...] he vivido más a mi sabor que un papa» [*Mercurio y Carón*, 97].

A propósito «De mano (besada) y de lengua (suelta)» (50), palabras de Lázaro al pensar en sus dos primeros amos [92], Francisco Rico escribió dos brillantes y eruditas páginas que aclaran ahora una afirmación del ánima del buen cardenal del *Mercurio y Carón*: «Sabido que no se alcanzaba aquella dignidad sino o *por dineros o por manos* o por favor de príncipes o por luengo servicio» [262]; es el *munus a manu* de la clasificación de Gregorio el Grande, junto al *munus a lingua* («por favor de príncipes») y *munus ab obsequio* («luengo servicio») o, si se quiere, *ab officio*.

También Jonás aparece evocado en las dos obras, pero es referencia corriente. El rey Polidoro dice: «[...] quiero que, como a Jonás, me hagas echar en las ondas del mar» [215]. Y el garrotazo del clérigo hace estar a Lázaro tres días «en el vientre de la ballena» [69]. Si Lázaro dice que «ya la caridad se subió al cielo», el Arcediano, «pero ya no hay caridad en el mundo» [*Lactancio*, 108].

Añadiré otros usos léxicos que comparten: el autor del *Lazarillo* utiliza «acaescer», «pasar» (menos) y raramente «suceder». Mientras Juan de Valdés usa «acontecer», Alfonso de Valdés usa siempre «acaescer» o «acaecer» (51), mucho menos «pasar» y poco «suceder», como el pícaro. La perfecta casada del *Mercurio y Carón* dice

«*contraminando* sus vicios con virtudes» [275]; y Lázaro presume que al ciego «le *contaminaba*» –que algunos editores enmiendan en «contraminaba»– [27]. Carón habla de un ladrón, «salteador de caminos y *capeador*» [158], y el escudero dice que andan ladrones que «siendo de noche *capean*» [79]. En el *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, aparece *turar*: «El saco *turó* [...]» [159]; como en el *Lazarillo*: «Mas *turóme* poco» [31].

Carón habla de «esta *negra* paz universal» [208], al modo que Lázaro dice «su *negra* que dicen honra» [94], y el Arcediano exclama: «¡Y qué *negros* labradores!», al referirse a los soldados [*Lactancio*, 175]; además el rey Polidoro menciona una «desasosegada noche» [215], creando una hipálage con el adjetivo subjetivizado. Las «cosillas» que no dice Lázaro del fraile de la Merced aparecen, pero con otro sentido, en boca de Mercurio: «excepto algunas *cosillas* de poca importancia» [160]; las «mujercillas» que le encaminaron a él [110] coinciden –en la forma, claro está– con las que engaña el sacerdote valdesiano: «engañando las mujercillas» [174]. Y ambas obras tienen otra forma del diminutivo, el sufijo «-ico»: en el *Mercurio*, «habitico» [109]; en el *Lazarillo* «pecadorcico» [109]. No señalo términos más frecuentes como «allende», «aína», «apasionar / pasión» como «sufrir / sufrimiento», «fenescen», «tornan», que no son indicativos, o el uso de «curan» por «cuidan» en ambas obras, o de «vezan», que pudieran serlo. Como también podría vin-

cular las dos creaciones la presencia muy marcada de los refranes; Valdés incluso inserta, a modo de comparación, la síntesis de una facecia: la del viñadero y las uvas [154].

El arcediano del Viso, disfrazado de soldado, y Lázaro, «en hábito de hombre de bien», visten de modo parecido; el Arcediano, «un sayo corto, una capa frisada, sin pelo; esa espada tan larga, ese bonete de soldado» [*Lactancio*, 86]. Lázaro: «Un jubón de fustán viejo y un sayo raído de manga tranzada y puerta y una capa que había sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuéllar» [127]. No lleva bonete, pero sí los hacen las hilanderas vecinas del escudero [93].

El propio Arcediano habla de «un no sé qué» [89], y Lázaro cuenta que «malas lenguas» dicen «no sé qué y sí sé qué» [132]. La expresión encaja muy bien como efecto de la suma de estas concordancias porque, como dice, Juan de Valdés en el *Diálogo de la lengua*, «muchas veces se dice a tiempo que sinifica mucho» [232].

3 El «Lazarillo» y el «Baldo»

Es evidente que el autor del *Lazarillo* conocía muy bien el *Diálogo de Mercurio y Carón*, que Alfonso de Valdés escribiría entre 1528 y 1530 –la censura del doctor Vélez está fechada en marzo de 1531 (52)– y que circularía manus-

crito en esos años (53); lo prueba el texto manuscrito de su primera parte conservado en El Escorial.

Si aceptamos que la adaptación del *Baldus* publicada en Sevilla, en 1542, tiene claras concordancias con el *Lazarillo*, como ha señalado Alberto Blecua (54), podrían leerse éstas –la madre mesonera, la «avara talega» cerrada con el cordel del ciego robado por Cíngar, el «año estéril», etc.– como huellas de lectura de la extraordinaria novela y no al revés, y sería ésta una fecha *ad quem*.

Incluso añadiría a las concordancias que el agudo erudito señala el comienzo del relato que hace Cíngar a Baldo: «Señor –dijo Cíngar–, *por cumplir vuestro mandado* como de señor y complazeros como a verdadero amigo, *os las contaré desde mi niñez*, no para que las aprovéys, sino para que las evitéys», que recuerda a: «Y pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, parescióme no tomalle por el medio, sino del principio», tal como escribe Lázaro al inicio de su relato (55). Luego empieza a contar su vida a todos diciendo: «Bien sabéys, señores, quién era [...]» [179]. Se ve mejor la dependencia del modelo si lo comparamos con el distinto comienzo del relato de Falqueto: «Por cierto, muy amado Baldo, lo que me pedís es una cosa assí dolorosa y llena de angustias para mí, lo otro larga y algo prolixa de contar todos mis trabajos cómo fueron; los quales en parte son de llorar, en

parte de reýr, por lo qual os ruego que, pues yo os quiero complazer, estéys atentos que desde agora comiençó a contar toda mi vida»; y luego prosigue de la misma forma que Cíngar: «Avéys de saber, fieles compañeros, como yo fuy hijo de [...]» [166].

Para la biografía del pícaro, parece, pues, evidente que el autor del *Baldo* sigue un modelo, precisamente el *Lazarillo*, relato de la vida de otro pícaro. Cíngar sí consigue subir porque, a pesar de su humilde origen, llega a ser caballero y gobernador; y Malaspina subraya su mérito con una afirmación que recuerda también esas palabras iniciales del *Lazarillo*: «En más ha de ser tenido el hombre baxo que faze cosas porque a más venga, que el de noble sangre las haze» [205]. Es una síntesis de lo que dice Lázaro (56) cuando justifica contar el caso empezando por el principio de su vida: «[...] y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto» [11].

Francisco Rico indica además cómo en una colección de *Dichos graciosos de españoles* impresa en 1540 figura una «*maña* que comparte con el *Lazarillo* rasgos todavía más llamativos» (57); él la ve como inspiradora de la novela, pero el influjo puede leerse al revés, y así todavía se restringiría más el periodo para la composición

de la obra; la fecha *ad quem* sería la de ese impreso, 1540, y, por tanto, tendríamos que circunscribir la genial novela a los años treinta.

4 La «Propalladia», el «Lazarillo» y Alfonso de Valdés

Juan de Valdés, en el *Diálogo de la lengua*, dice de Bartolomé Torres Naharro que «assí como escrivía bien aquellas cosas baxas y plebeyas que passavan entre gentes con quien él más ordinariamente tratava, assí se pierde quando quiere scrivir lo que passa entre gente noble y principal» [241]. Una de las comedias que alaba, las que el dramaturgo llama «a noticia», *Tinellaria* (58), nos da la pieza que falta para unir de forma clara las obras de Alfonso de Valdés y el *Lazarillo*.

En el tinelo del cardenal «de San Jano», o vulgarmente «de Bacano», se juntan a comer una serie de criados, de pícaros, que hablan sin rebozo de sus amantes, de sus robos; que comen, burlan y beben. El primero es el credenciero Barrabás, que se pelea con su amante, la lavandera Lucrecia. Antes de que ella aparezca, él dice que con lo que le da, pan, carne y vino, «sé yo que triumpharía» (59) [v. 189]. Disputan por la edad de ella y, ante las voces que da la lavandera porque la llama vieja («¡Maldita sea la hembra | que se fía d'un covarde!»), él recoge velas y empieza a alabarla («que no ay

dama más hermosa, | si preguntan, a mis ojos»), y acaba con un juramento que quiere zanjar la discusión: «Vieja o moça, qual tú fueres, | quiero yo más tu xervilla | que a todas quantas mugeres | han salido de Castilla» (60) [vv. 279-82]. Lucrecia recuerda lo generosa que fue con ella su señora doña Inés: «Si venía | qualquier cosa de valía | de la India o de Venecia (61), | en esse punto dezía: | 'Aquesto para Lucrecia'» [vv. 298-302]. Si doña Inés viviera –añade–, Barrabás la perdería por la mala vida que le da. El rufián sigue con sus palabras pacificadoras («qualquier razón me obliga | a serte muy buen amigo»), y la lavandera replica: «¡Ay, qué pieça! | Si Dios ansí me enderesça, | yo seré la bien librada, | que me lavas la cabeça | después de descalabrada» [vv. 318-22].

Desde el uso del verbo *triunfar* o la mención de *Venecia* a ese «davan» después de «descalabran» que recuerda el «y luego contaba cuántas veces me había descalabrado y arpado la cara, y con vino luego sanaba» del ciego [43] (62), o la declaración amorosa de Barrabás, nos llevan sin lugar a dudas al *Lazarillo*, cuyo autor leyó muy bien la *Tinellaria*.

Pero la misma Lucrecia hace una afirmación que repetirá el arcediano del Viso (63): «Ve, que tú me manternás, | mas otro me gozará» [vv. 341-342]. Y es una sentencia fundamental en el *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* porque dibuja perfectamente el vivir y el sentir

del Arcediano (y el pensamiento de Valdés sobre el celibato de los clérigos). Su propio nombre, *Lucrecia*, es el de la amante del mal obispo del *Mercurio y Carón*, el único que aparece en el desfile de ánimas. Esas coincidencias nos permiten *ver* ya claramente al autor del *Lazarillo*.

En la jornada segunda de la comedia, entre los comensales del tinelo están el escudero Moñiz con su mozo Francisco. Éste, antes de la llegada del escudero, habla con siervos del cardenal; uno de ellos, en italiano, le dice que «il tudesco» habla mal de él, y éste, furioso, replica: «¡Dios no pese | si no hago que me bese, | hablando con reverencia!» [vv. 672-674], que nos lleva al «hablando con reverencia de Vuestra Merced» de Lázaro. También aquí la disculpa se justifica porque lo que dice afectaría a sus interlocutores si se tomase en sentido recto, y la comicidad reside en apuntar a ello.

La conversación que tienen amo y criado nos recuerda otros pasajes del *Lazarillo*. A la vanidad del escudero se une también su pobreza; Francisco le amenaza con despedirse: «Si queréis, | dos meses que me devéis | me mandad pagar con todo, | y otros moços hallaréis | que sirvan a vuestro modo» [vv. 842-846]. Y, cuando le echa en cara lo que ha hecho por él, Francisco le replica: «¿Qué hezistes? | ¿Unas calças que me distes? | ¡Por mi fe, frescas y bellas! | Dos reales, y aun bien

tristes, | me dio un judío por ellas» [vv. 852-856]. Las «calzas viejas que deja» el Arcipreste de San Salvador a Lázaro se dibujan detrás del texto.

Ese escudero Moñiz presume de que «nunca vez se va sin mí | a palacio el Cardenal» [vv. 868-869]; pero aparece en el tinelo para comer lo que puede, y lo justifica diciendo que «mientre tiene hombre un carlín, | cómelo con quien le plaze» [vv. 873-874]; y al mismo tiempo, presuntuoso, afirma que «Quando yo para gastar | no toviesse sólo un pelo, | antes lo iría a hurtar | que venir en el tinelo» [vv. 878-881], cuando es obvio que va a comer de balde porque no tiene un real, como se ve por lo que debe a su mozo. Él alaba la comida, «vino y pan | diz que bueno vos lo dan, | y carne siempre a hartura», mientras su interlocutor, el escudero Godoy, la desmerece: «Dan pan que sepa al molino, | la carne hiede un poquito, | y el agito dan por vino» [vv. 887 y sigs.] No hace falta recordar los pedazos de pan que saca del seno Lázaro, «do no se le podía pegar mucha limpieza», como dice él, y las alabanzas que hace de él el escudero y los fieros bocados que le da. También Barrabás dice que hinchó «los senos» con los pasteles que robó [vv. 509-512].

En la jornada tercera, Escalco, que había hablado de «faisanes» (64) al comienzo de la comedia, dice burlando a los comensales: «Sus, hermanos, | ¿qué stáis sin dar aguamanos |

con las manos en los senos?» [vv. 1111-1113], y nos lleva al momento en que el escudero, al levantarse, hace que Lázaro le eche aguamanos [81]. Comerán luego «dura carne de vaca», y Godoy, con ironía exclamará: «¡Qué sabrosa!; es una carne «maliciosa» –dice- «que sin comella os hartáis» [vv. 1386-1390]; en cambio, tampoco el entusiasmo ante la uña de vaca del escudero es de burlas.

Godoy y Moñiz hablan del «mastro de casa» del cardenal, que le roba, de su prisa «en mudar mulas y ropas», recuerdan cómo hace tres años «no se hartava de brodio», «y el pobreto (65) padescía | y ayunava de ora en ora» porque no podía «hurtar ansí como agora». Y describe cómo ahora «¡quán gran triumpho mantiene! | ¡Quán hinchado en presunción!» [vv. 921-929].

En el introito de *Trophea*, el pastor se burla de los señores que defienden el comer poco y utiliza para su mofa un registro «elegante», de «señores», repitiendo lo que les ha oído decir: «Yo les entiendo a dezir | que coman para bivir, | no bivan para comer. | Porqu'el hombre de saber, | varonil, | come lo justo y gentil | y acrecienta sin compás | al cuerpo treinta años más | y all alma trezientos mil» [vv. 134 y sigs.] Antes –y después– usa su lenguaje rústico («mosotros los pastores», «no nos verná la polagre»). El escudero, el amo de Lázaro, hace lo mismo, pero de una manera más breve y sutil; exagera la vulgaridad del mucho comer

con la forma de decirlo, en contraste con la expresión elegante que utiliza al hablar de hacerlo poco: «Porque el hartar es de los puercos y el comer regladamente es de los hombres de bien» [77]; es un finísimo juego estilístico y no una muestra de antisemitismo. Valdés le da la vuelta al juego teatral y hace que sea el señor el que cambie de registro, porque él tiene competencia lingüística para hacerlo, aunque su expresión vulgar sorprenda al lector.

Vamos comprobando, pues, cómo personajes de Torres Naharro dieron la estofa a Alfonso de Valdés para escenas de su extraordinaria obra; pero su forma de narrar, su arte, es tan magnífica, que es imposible notar luego esas huellas de lectura ni relacionar sus entes de ficción con los del extremeño.

Prosiguen Godoy y Moñiz, los dos escuderos de la comedia *Tinellaria*, hablando mal del envidiado mayordomo del cardenal, y Godoy le recuerda a Moñiz cómo ya de lejos le rinde él pleitesía. El escudero, presuntuoso y sin un real, se defiende diciendo: «No os admito, | porque dais lexos del hito; | que, voto a Dios verdadero, | nunca el bonete me quito | qu'él no lo quita primero» [vv. 962-966]. La afirmación se transforma en el espléndido pasaje de la defensa de la honra que hace el escudero de Lázaro y que comienza con la explicación de «que había dejado su tierra no más de por no quitar el bonete a un caballero su vecino», para luego decir qué haría «si al Conde topo en la

calle y no me quita muy bien quitado del todo el bonete» [98-99].

También hay *bonetes* en los *Diálogos* de Alfonso de Valdés. No sólo el que tenía el Arcediano como clérigo primero, «vuestro bonete y hábito eclesiástico, vuestros mozos y mula reverenda», sino también el que luego lleva como soldado, «ese bonete de soldado» [*Lactancio*, 85-86]. Pero además el secretario del rey francés se lo quita ante los negociantes que le sobornan: «Y a los que me daban algo hablaba yo con el bonete en la mano» [*Mercurio y Carón*, 163].

En la jornada quinta aparece llamando al tinelo nada menos que un arcediano; los criados le dejan que se harte de llamar y bromean con que ayunará si no le abren. No es precisamente pobre, «más renta tiene que yo», afirma Escalco; pero sí sumamente avaro, como dice Barrabás: «No es de abrir, | porqu'es hombre, sé dezir, | tan miserable y ruin, | que se dexará morir | por no gastar un quatrín» [vv. 2209-2212]. Hablan de su compañero el abad, que presume con vestidos alquilados en la judería, «de hidalgo | se va cayendo a pedaços» [vv. 2242-2243], y remacha Escalco: «Cierto, oy día | ay hombres de *fantasía* | que piensan ser de los godos, | y que está la hidalguía | en sentarse sobre todos» [vv. 2244-2248]. Estos rasgos de los personajes mentados recuerdan la mezquindad del clérigo y otra vez la vana presunción del escudero, del que dice Lázaro que

quisiera «que abajara un poco su *fantasía*» [92]. El abad ha conseguido engañar a monseñor Egiptiano, que lo tiene a su servicio porque «con una veste prestada | al diablo engañaría»; el escudero, «con razonable vestido», logra confundir al propio pícaro, quien se había fijado en «su paso y compás en orden» [72], «compás» que aparece en boca de Tristán al decir del vanidoso soldado Guzmán que «ciertamente no caresce | de presunción su compás» [*Soldadesca*, vv. 377-378]. Incluso cobra distinta relevancia lo que dice más adelante Godoy: «Pensando ganar, murió | mi padre, yendo a la guerra» [vv. 1085-1086], porque sabemos que así acabó la vida del padre de Lázaro.

Los escuderos se quejan de lo mal que comen, del caldo que «es agua con yervezillas | que era puesta a escalentar | para lavar escudillas» (66), y comentan que, si lo supiera el cardenal, «más de dos destos villanos | serían oy en galera | con los remos en las manos (67)»; pero saben que, para hacerle este favor, tendrían que suplicarle que les recibiera y, orgullosos, no quieren; de tal forma que decidirán seguir el camino que propone Osorio: «De todo quanto hablamos | mucho mejor nos conviene | *que una carta le escrivamos* | que no sepa dó le viene» (68) [vv. 1260-1290]. Es lo que hace Alfonso de Valdés en su espléndida novela: Lázaro le escribe a «Vuestra Merced» una carta para contarle *el caso*. Pero también pudo pensar en la idea del pícaro que escribe

una carta desde el tan citado «Prohemio» de la *Propalladia*, carta pastiche «a los discretos lectores» de un pobre «labradorcillo», que «presenta y haze liberal parte de la primera fruta que de sus fatigas y arborcillos le nasce», donde habla de «mi pobre y rústica composición», y de «la orden del libro», que sigue «da usança de los corporales pastos» y comienza por el «antepasto» [7-8]. Insiste en la dureza de toda su vida, «toda mi vida siervo, ordinariamente pobre», desde «los pueriles años». Indudablemente sin las otras concordancias, sería muy difícil ver esas analogías; pero con ellas, es fácil asociar el personaje del pícaro al del labradorcillo. También lo es unir lo que dice Lenicio, en *Seraphina,* a su señor, que «para hazerse honor, | a un hombre basta un officio» [vv. 431-432], con las palabras de Lázaro al contar que alcanza «un oficio real, viendo que no hay nadie que medre, sino los que le tienen» [128].

Un rústico, Manchado, será el modelo del Arcediano del Viso del *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, o, mejor dicho, del motivo de su viaje a Roma. El bisoño, que es de Castilla, va a Roma «por un beneficio | que me dé que vista y coma» [vv. 1973-1974], porque está convencido de que «el Papa diz que los da | a todos quantos los quieren» [vv. 1978-1979]. Un fraile, que se hará llamar Liaño, cuelga los hábitos para enrolarse en el ejército papal en *Soldadesca* [vv. 671 y sigs.], y remata su escena

diciendo: «Y cosas son que acaescen», en Roma, claro está.

El credenciero Barrabás y el escudero Godoy le prestan, en cambio, al barquero Carón el «aosadas» que tanto repite, que lo perfila como personaje al caracterizar su habla [vv. 610 y 1479]. También aparece la palabra en boca del rústico del introito de la comedia *Trophea* [v. 119], que sugiere que le ofrezcan «para Pascua, algún cordero» [v. 23], como a Lázaro el Arcipreste le da «por las Pascuas, su carne» [131]; y además habla de «quando yo hu viñadero» [v. 49], término que aparece en el *Mercurio* [154]; al igual que en el *Lactancio*, se mencionan los oficios de «aguaderos o melcocheros» [190], como hace Tristán en la comedia *Soldadesca* («Su padre fue un açacán | y él ha sido un melcochero» [vv. 372-373]).

El rústico del introito de la comedia *Ymenea* cuenta cómo se casó y cómo luego su mujer parió «un diabro de hijito | que dell ora que nasció | todo semeja all abad»; muy contento por lo bien que sabrá «repicar la pistoliella | y antonar el davangello», dice que tras de éste «quiero her un *acipreste*» (69) [vv. 25-35]. Y no he agotado los lazos que unen el anticlericalismo burlón de Torres Naharro y el erasmismo de agudísimo filo de Alfonso de Valdés.

Si hacen como el escritor y leen con gusto la *Propalladia* –él la leyó seguramente en la edición de Sevilla de 1526 porque estaban incluidas en su ejemplar las comedias *Calamita*

y *Aquilana*–, encontrarán una casa como la del escudero, «más rasa | que la d'un esgremidor», porque tiene como «toda su baxilla» «dos jarros y un escodilla, | y un peine y un asador» [*Seraphina*, vv. 1132-1137], y también un molino, un cura que contenta a la mujer de un rústico bobo, «da llave del dinero» muy cerca de «entrar en paraíso», «un pobre escudero», un arcaz, un «panal de blanda cera» –cuidado: muchas veces son sólo palabras, no tienen detrás cuerpo literario alguno–, un padre al que su hijo dice «que Dios y tú, sin mentir, | me avéis fecho | hombre complido y derecho», un «abre el ojo»; todo ello en *Calamita*. Verán a Aquilano «más ufano | que el glorioso Macías», encontrarán un «matador» y un calderero, el miedo por un finado, «da que enxalma», «el viejo saludador» y unos tajos para sentarse, en la comedia *Aquilana*. Y también algunas de las palabras o expresiones cuya presencia he señalado en las obras de Alfonso de Valdés (desde los que viven como el papa a los que saben de coro), incluso los términos «laceria» [*Ymenea*, v. 969; *Calamita*, v. 248], y «lacerado» [*Aquilana*, v. 2241], tan esenciales en el *Lazarillo*; pero, en cambio, oirán bastante el verbo «acontecer», que me parece que no usa nunca Alfonso de Valdés.

La espléndida escena inicial de la segunda parte del *Diálogo de Mercurio y Carón*, con la dilación gozosa de Mercurio en dar a Carón la buena noticia de que el Rey de Francia ha rehusado el combate y el juego con que mues-

tra cómo tiene en sus manos al furioso barquero, arranca de una escena de hechura semejante (aunque nada tenga que ver) entre Felicina y su maliciosa criada Dileta de la comedia *Aquilana* [vv. 2855 y sigs.] La discusión sobre si sentaría a Jesucristo a su mesa el mal obispo [127] se enlaza con la pregunta que le hace la propia Dileta a su señora: «Mas ¿tienes por cuenta cierta | que me venga Dios a ver | y le cierre yo la puerta?» [vv. 1469-1471]. Y que la perfecta casada tenga hijas –cuatro– y esté muy contenta por ello [276 y sigs.] es una magnífica réplica de Alfonso de Valdés a la sentencia popular que hay detrás de las palabras del rey Bermudo: «¡O Dios, qu'el mundo cobijas, | a quien querrás dar afán | nunca le des sino hijas!» [*Aquilana*, vv. 2423-2425]. Las desesperadas preguntas que se hace Floristán («¿Por qué Dios alma me dio | quando me engendró mi padre? | ¿Por qué en el parto mi madre | la vida no me quitó?» [vv. 1621-1625] las remodelará Valdés para dárselas a la monja que se suicida [144]. E incluso cogerá «las alas de Sant Gabriel» y «un cierto jubón d'Espíritu Sancto», dos de las tres reliquias que menciona Betiseo en el *Diálogo del nascimiento* [vv. 702-703] para ponerlas en la asombrosa enumeración que hace de ellas Lactancio; eso sí, el jubón se lo da a la Trinidad, y plumas al Espíritu Sancto [*Lactancio*, 201].

Para acabar como empecé: si se lee la comedia *Trophea*, se verá que tiene como perso-

naje principal a una *dama*, la Fama, que dice que es pregonera: «Mas, como soy *pregonera* | de verdad, | no pregono en igualdad | al rey con un cavallero, | sino que miro primero | la persona y dignidad» [vv. 543-548]. Ella misma afirmará que «no ay cosa nascida | que más substente la vida, | qu'es el fruto de la fama» [vv. 1600-1602] (como dice el prólogo del *Lazarillo*) (70). Incluso el villano Mingo Oveja querrá ser famoso, querrá volar con sus alas; pero ella le advierte que para hacerlo tiene que *confesarse*. No lo hace y se cae; la Fama le insiste en que se confiese, y él esboza la confesión de un pecado «con la hija del sastre», y al final resulta que ...no hubo nada. Se contentará con ser «buen mensajero» y devolverá las alas a la Fama. Y también es una dama, Divina, señora de un castillo, la que le dice a los tres caminantes que le cuenten «das nuevas que yo no sé», después de preguntarles de dónde vienen y adónde van, en la comedia *Jacinta*.

Juan de Valdés alabó las comedias de Torres Naharro, pero su hermano Alfonso les rindió el mejor homenaje que podía hacerles: transformar su lectura en invisible punto de partida de elementos de su espléndida novela. Y ahora le devuelven el favor; ellas son piezas clave para que las otras concordancias que he señalado se afirmen, para que Alfonso de Valdés recobre su extraordinaria obra, *La vida de Lazarillo de Tormes*.

5 Conclusión

Alfonso de Valdés (71) escribió *La vida de Lazarillo de Tormes* y lo hizo seguramente después de crear el *Diálogo de Mercurio y Carón*, en donde se le ve ya el gusto que ha tomado por la escritura y el dominio asombroso de su arte. En el prólogo de esta obra no quiere poner su nombre, «porque no pareciese pretender yo desto alguna honra, no mereciéndola [...]» [74]. En el del *Lazarillo* dirá que «la honra cría las artes» (72), citando a Cicerón, aunque nos falta el enlace entre esas palabras y el comienzo de la carta de Lázaro.

El periodo, por tanto, en que debió de escribir la novela abarca desde 1530 a septiembre de 1532 (73). No sería raro que además se hubiera impreso en Italia, como parece que sucedió con sus dos *Diálogos*; no hay que olvidar que en Italia estaba su hermano Juan, a quien nombra heredero universal (74).

La primera edición tuvo que hacerse en esos años treinta (los *Dichos graciosos* y el *Baldo* lo atestiguan), así es mucho más coherente su desaparición sin dejar casi huella e incluso se entiende más que el impresor del arquetipo de donde derivan Burgos y Medina del Campo no se diera cuenta de que faltaba algo al comienzo, de que estaba fundiendo prólogo e inicio del

relato de Lázaro, de que estaba cambiando la lectura y el sentido del *Lazarillo*.

Los dos *Diálogos* del extraordinario escritor conquense pertenecen a un género totalmente distinto al *Lazarillo de Tormes*, en su forma, en su propósito, en su registro, y tienen, por tanto, otro estilo. Hablar como un pícaro, y hacerlo magistralmente, exige a un escritor culto desempeñar un papel, disfrazarse, y sus rasgos se desdibujan. Un magnífico actor se identifica con su personaje y renuncia a su ser en el momento de actuar, y más si le da la palabra. Esto es lo que hizo de manera espléndida Alfonso de Valdés, pero justo es reconocérselo (75).

NOTAS

(1) Francisco de Quevedo, *La vida del Buscón llamado don Pablos*, ed. crítica de F. Lázaro Carreter, Salamanca: Universidad, 1980², pág. 11.

(2) Lazarillo de Tormes, ed. de Francisco Rico, Madrid: Cátedra, 1987, págs. 9-11.

(3) «La *princeps* del *Lazarillo*. Título, capitulación y epígrafes de un texto apócrifo», *Problemas del «Lazarillo»*, Madrid: Cátedra, 1988, p. 151.

(4) No pretendo, por supuesto, analizar el prólogo. Lo han hecho ya admirablemente F. Lázaro Carreter en *«Lazarillo de Tormes» en la picaresca*, Barcelona: Ariel, 1972, págs. 172-77 y F. Rico, «Para el prólogo del *Lazarillo*: 'el deseo de alabanza'», *Actes de la Table Ronde Internationale du C.N.R.S. Picaresque espagnole,* Montpellier, 1976, págs. 101-116, reimpreso en *Problemas del «Lazarillo»*, Madrid: Cátedra, 1988, págs. 57-68. Véase ahora también Aldo Ruffinatto, *Las dos caras del «Lazarillo»*, Madrid: Castalia, 2000, págs. 277-281; lo relaciona con los prólogos de la picaresca, pero nada dice de la «carta dedicatoria» de *El Buscón*.

(5) Nueva lectura del «Lazarillo», Madrid: Castalia, 1981, págs. 134, 73 y 74.

(6) «Una edición recién descubierta de *Lazarillo de Tormes*: Medina del Campo, 1554», Mérida: Junta de Extremadura, 1996, pág. 46. No estoy de acuerdo con la «construcción» ecdótica de Ruffinatto, págs. 68-97.

(7) Utilizo la edición facsímil de *El Lazarillo de Tormes* (Alcalá de Henares, Burgos y Amberes, 1554), con noticia bibliográfica de Enrique Moreno Báez, Cieza: «...la fonte que mana y corre...», 1959, y la de la edición de Medina

del Campo con el estudio aparte de Jesús Cañas Murillo, Mérida: Editora Regional de Extremadura, 1996.

(8) Jesús Cañas describe algunos de estos rasgos en el capítulo «Peculiaridades de una edición desconocida», págs. 21-23. F. Rico analiza la capitulación y los epígrafes y llega a la certera conclusión de que «las viñetas empiezan solo en el 'tractado tercero', fol. 23, porque a la altura del pliego correspondiente debió de quedar claro que el *Lazarillo* no iba a rebasar la extensión que se consideró adecuada» («La *princeps* del *Lazarillo*», pág. 128, n. 18). Pero tampoco así queda justificado –me parece- el que no se destaque nada ese primer epígrafe que indica nada menos que el comienzo de la obra. Ruffinatto se limita a la sola «descripción de los testimonios» (págs. 19-24).

(9) El adjetivo es también de Francisco Rico: «creo que Juan de Junta le fue notablemente fiel [al arquetipo]», «La fidelidad de *B* al arquetipo se comprueba por más de un camino» («Problemas del *Lazarillo*», cito por *Problemas del «Lazarillo»*, págs. 40 y 47).

(10) No deja de sorprender esta contracción (o abreviatura de la e por medio de una tilde) de *en este*, la única en el texto; no sería impensable que escondiera un *él en este* que subrayara el cambio de sujeto de *escribió* (una ele fundida con el palo inicial de la ene y después con la tilde, como si el impresor se diera cuenta de que había olvidado *el* -lo normal hubiera sido imprimir *ql-* y lo hiciera caber en la línea forzadamente); pero no quiero apoyarme en tal suposición.

(11) Es la primera de las «erratas evidentes de *B*» que enumera José Caso González en su edición crítica de *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, Madrid: Anejos del Boletín de la R.A.E., 1967, pág. 41. Por ello ninguna de las ediciones posteriores la señala como variante.

(12) ¿Figuraría en él algún nombre? Es evidente que, dijera lo que dijera ese final de prólogo, sería la causa de la desaparición de todos los ejemplares completos. Y la mutilación significaría precisamente la salvación de la obra. De nuevo Rico tiene razón: él habla de «una

[edición] que sirviera a X de modelo» que no dejó rastros (*vid.* págs. 14-15 de la introducción a su edición de la obra). Los cuatro ejemplares que conservamos derivan –en dos estadios distintos– de ese modelo del arquetipo X, del que alguien pudo quitar la página comprometedora. ¿Sería realmente el autor un alumbrado como se quiso ver por la significativa mención de «Escalona, villa del duque della»?

(13) No puedo reconstruir la acción de la saña o el miedo e imaginar si providencialmente acabaría el folio en «fortunas, peligros y adversidades» o se tacharía el comienzo de una frase inconclusa o quedarían al final de la línea unas palabras sin sentido, que el nuevo impresor omitiría, o terminaría en «fortunas» y éste añadiría «*peligros* y adversidades»: así se explicaría también la presencia de esa palabra, «peligros», que no figura en el título de la obra y que no suele aparecer en tal construcción (*vid.* los ejemplos de Rico en la nota 19 del prólogo en su ed., pág. 9). Por otra parte, Lázaro no pasa «peligros» (no es un caballero andante precisamente), aunque es cierto que el oficio de su amo el alguacil le parece «peligroso» porque una noche les corren a pedradas unos retraídos, y por ello decide marcharse.

(14) Como es bien sabido, los *tractados* no figuran en el texto en las distintas ediciones, sino sólo en la cabecera de los folios y deben de ser, como dice también Francisco Rico, otro añadido del impresor, de *ese* impresor. A menos que precisamente *su presencia* contribuyera a forzarle a inventar el epígrafe.

(15) «La *princeps* del *Lazarillo*», págs. 130-131.

(16) «La *princeps* del *Lazarillo*», pág. 141.

(17) Sería éste un «prólogo normal» aunque no del todo, porque la alusión al estilo grosero no es sólo un tópico, sino una concesión a la verosimilitud que hace el ficticio editor: es el estilo que corresponde al narrador de la relación, a Lázaro, el pregonero de Toledo, a su personaje. Y la justificación inicial debe leerse también a esta luz. Además, literariamente, no es sólo verosímil lo que dice en ella (cosas «nunca oídas»), sino verdad.

(18) En la nota 33 al texto, pág. 133.

(19) He encontrado ejemplos de participios concordando tanto en masculino como en femenino con la fórmula de tratamiento incluso en un mismo autor; Alfonso de Valdés dice: «Vuestra Señoría Reverendísima no será reprehendido», pero también «esté Vuestra Señoría Reverendísima avisada» en las cartas al cardenal Accolti de Rávena (*Obra completa*, Madrid: Biblioteca Castro, 1996, págs. 218 y 213). En el *Guzmán de Alfarache*: «Vuestra Merced no se tenga por mal servido en lo hecho, porque libró muy bien», 2ª parte, III, 2, 365; ed. de José María Micó, Madrid: Cátedra, 1998[3]. No hay que olvidar que, como dice Covarrubias, «dos avaros de cortesías han hallado entre V.M. y vos este término él»; que los pronombres él y ella se convirtieron en formas de tratamiento como indicó William E. Wilson, «El y Ella as Pronouns of Address», *Hispania*, 23 (1940), págs. 336-40; acentuaron, pues, su condición de indicadores de género.

(20) Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico, Barcelona: Crítica, 1998.

(21) *Nueva lectura del «Lazarillo»*, págs. 72-73.

(22) *Lazarillo de Tormes*, ed. cit. de Francisco Rico. Sigo citando entre corchetes por esta edición.

(23) «Lazarillo de Tormes, o la polisemia», en *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona: Seix Barral, 1982[3], pág. 23, nota 20.

(24) Anota Cristina Barbolani en su edición: «Quizá sea obra de algún censor interesado en suprimir la anécdota sobre el conde de Ureña, que debía obviamente referirse a la interpretación equívoca de una frase en la que el verbo se había desplazado al final», Madrid: Cátedra, pág. 237.

(25) «La intención religiosa del *Lazarillo de Tormes* y Juan de Valdés», *Hispanic Review*, XXVII (1959), págs. 78-102.

(26) Véanse las págs. 96-100 de la ed. de Madrid: Biblioteca Nacional, 1979.

(27) Léase la lectura aclaradora del pasaje de Francisco Rico en su ed. del *Lazarillo de Tormes,* nota 34, pág. 19.

(28) A la puerta de la casa del avaro bíblico Epulón está echado «un pobre, de nombre Lázaro, cubierto de úlceras» (Lucas, 16, 19-29). Lázaro crea una paronomasia con el adjetivo «dacerado» y el diminutivo de su nombre, «Lazarillo», la única vez que aparece, pág. 39; y «dacerado» es aquí «desdichado», pero también «maltratado» (y «tacaño» cuando lo aplica al clérigo). Adviértase además que no parece casualidad que la madre de Lázaro, de dudosa conducta, lavase la ropa a mozos de caballos del Comendador de la *Magdalena* (uno de los cuales era Zaide) –luego, ya sola, se fue a servir al mesón de la *Solana*– y que el Arcipreste que hace «mil mercedes» a Lázaro sea el de *San Salvador*.

(29) Vid. José Antonio Pascual, «La etimología al revés: los nombres propios», en *La Historia como pretexto*, discurso leído en su recepción como miembro de número de la Real Academia Española, Madrid, 2002, págs. 41-52.

(30) También debe mucho a esta obra el autor del *Diálogo de las transformaciones*, cuyo protagonista, el gallo, cuenta a su amo Micilo sus metamorfosis, una de las cuales fue precisamente la de ser un tiempo «Epulón el rico», *vid.* la ed. de Ana Vian, Barcelona: Sirmio, 1994, 227. Tiene además pasajes tomados del *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* de Alfonso de Valdés, *ibid.*, pág. 77.

(31) Vid. Antonio Vilanova, «El *Asno de Oro* de Apuleyo, fuente y modelo del *Lazarillo de Tormes*», «Un episodio del *Lazarillo* y el *Asno de oro* de Apuleyo» y «El tema del hambre en el *Lazarillo* y el falso convite de Apuleyo», en *Erasmo y Cervantes*, Barcelona: Lumen, 1989, págs. 126-179.

(32) Apuleyo, *El asno de oro*, trad. de Lisardo Rubio, Madrid: Gredos, 1978, lib. IX, pág. 251.

(33) Vid. el espléndido ensayo de F. Lázaro Carreter sobre la articulación de esos materiales, «Construcción y sentido del *Lazarillo de Tormes*», en *«Lazarillo de Tormes» en la picaresca*, Barcelona: Ariel, 1972, págs. 61-192.

(34) Véanse las págs. 20-21, 26-27 y 28 de la introducción de Mª Pilar Cuartero a su edición, Madrid: Austral, 1990.

(35) Sin embargo, como dice F. Rico, «la huella del folclore es mucho menos profunda de lo que Bataillon pensaba», introducción a su edición del *Lazarillo*, pág. 82.

(36) Según diga el texto del prólogo *escribo* o *escribió*.

(37) El ánima del obispo recomienda a Carón a «una dama muy hermosa que se llama Lucrecia», su amante; que sí tiene nombre porque sigue viva a pesar de los temores que tiene el obispo de que se suicide al saber su muerte. El barquero, con la mordaz ironía valdesiana, lo tranquiliza diciendo que «no le faltará otro obispo» (*Diálogo de Mercurio y Carón*, pág. 129; cito por mi edición, Madrid: Cátedra, 1999).

(38) «Del maestro de pintar panderos poco se dice, no apareciendo con otra misión que la de hacer pasar el tiempo; el alguacil se utiliza, fundamentalmente, para mostrar que Lázaro sigue careciendo de valor al llegar a mozo» («La intención religiosa del *Lazarillo de Tormes* y Juan de Valdés», pág. 83).

(39) Manuel J. Asensio ya subrayó que cinco de sus amos pertenecen a la Iglesia, art. cit., pág. 83.

(40) *Vid.* Francisco Rico, introducción a su edición del *Lazarillo de Tormes*, pág. 85. La cita de Guevara ilustra lo que digo: «el [oficio] del ciego [es] rezar». Pedro M. Cátedra indica, con razón (como veremos), que el ciego «es un tipo arcaico [...], casi exclusivamente rezador» porque «no compatibilizaba su trabajo con la correduría o distribución de *menudencias* de imprenta» (*Invención, difusión y recepción de la literatura popular impresa (siglo XVI)*, Mérida: Editora Regional de Extremadura, 2002, pág. 128.

(41) El buen rey Polidoro aconseja, en cambio, a su hijo: «Aprende *de coro* la doctrina cristiana» (pág. 225).

(42) La perfecta casada del final del *Diálogo de Mercurio y Carón*, al contar al dios y al barquero que no tenía pena por no tener hijos, afirma: «Y las mujeres que son

desta mi opinión, Dios sabe de cuántas supersticiones se escapan que, por haber hijos, a cada paso se hacen con no poco deservicio de Dios y detrimento de la religión cristiana» (pág. 276). El ciego «decía saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parían [...]» (pág. 26).

(43) El ánima del duque nunca creyó que se le escapara el paraíso de las manos cuando, además de rezar la oración del conde para evitar el infierno, tenía «diez o doce bulas del Papa» que le libraban del purgatorio (pág. 119).

(44) Si fuera el confesor de «Vuestra Merced», podría citar un consejo del rey Polidoro a su hijo: «Principalmente debes escoger un confesor limpio, puro, incorrupto e de muy buena vida y fama» (*Mercurio y Carón*, pág. 230).

(45) Diálogo de las cosas acaecidas en Roma, ed. de Rosa Navarro, Madrid: Cátedra, 1992, pág. 146 (a menudo abrevio el título de la obra como «*Lactancio*»). Lactancio, al hablar de cómo muchos clérigos tenían el alma hecha un muladar, menciona al «sacerdote que, levantándose de dormir con su manceba –no quiero decir peor–, se va a decir misa [...]» (pág. 214).

(46) Vid. las raíces erasmistas del personaje en A. Vilanova, «Fuentes erasmianas del escudero del «Lazarillo», en *Erasmo y Cervantes*, págs. 237-279.

(47) El consejero del rey inglés, que se condena para que no lo echen del Consejo, se escuda, ante la afirmación de Mercurio de que más le hubiera valido estar fuera de él por bueno que ir al infierno por malo, con un «Sí, mas ¿la honra?» (pág. 147). No olvidemos lo que le escribió a Valdés el deslenguado Castiglione: «Meraviglio-mi che abbiate mai creduto ch´io debba far piú conto dell´onor vostro, il quale voi avete perduto prima che nasceste, che di quello del papa [...]» (*Obra completa*, pág. 563).

(48) Uno de los principales del Consejo de un rey (el que traía siempre «un hábito de la Merced») confiesa: «Procuraba de andar siempre a su voluntad y nunca decirle cosa que le pesase» (pág. 107). Y el ánima del rey

de los gálatos dice cómo no quiere ver ni hablar a los buenos consejeros y, en cambio, premia a los malos «porque los buenos nunca me hacían sino ladrar a las orejas, diciendo que trataba mal mis súbditos y que no hacía lo que debía, y por esto los tenía aborrecidos; los otros nunca me decían cosa que me pesase, mas todo lo que hacía, aunque fuese lo peor del mundo, lo aprobaban ellos por muy bueno» (pág. 153).

(49) «Fuentes erasmianas del escudero del *Lazarillo*», págs. 250-51.

(50) En *Problemas del «Lazarillo»*, págs. 69-70.

(51) Por esta razón substituí la palabra *ocurridas* por *acaecidas* en el nombre que habitualmente se da a su *Diálogo de Lactancio y un Arcediano*; en el prólogo del *Mercurio y Carón*, dice Valdés: «para lo cual me ocurrió esta invención» (pág. 73); éste era su sentido: «venir a la imaginación».

(52) *Vid.* mi edición, pág. 58.

(53) Alfonso de Valdés muere en Viena en octubre de 1532, y con su muerte, como dice M. Bataillon, «había de acabarse la protección oficial de que gozaba Erasmo» (prólogo a la edición de Dámaso Alonso de *El Enquiridion*, Madrid, Anejo XVI de la RFE, 1971, pág. 52). Y el estudioso apunta al periodo entre 1541-1545, «por la nueva campaña antifrancesa y antirromana de la diplomacia imperial», como fecha probable de la publicación de la obra, que aparece sin nombre de autor, *Erasmo y España*, México: FCE, 1966², pág. 404; en 1546 se publica en Venecia una traducción italiana. Sin embargo, pudo imprimirse mucho antes. Valdés debió de empezar a escribir el *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma* inmediatamente después del saco de Roma (el lunes 6 de mayo de 1527); en septiembre de 1528 ya circula manuscrito porque Maximiliano Transilvano quiere conseguir una copia (*vid.* mi edición, pág. 21).

(54) «Libros de caballerías, latín macarrónico y novela picaresca: la adaptación castellana del *Baldus* (Sevilla, 1542)», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 34 (1971-72), págs. 183 y 216-224. Cito el

texto del *Baldus* por este artículo.

(55) Este sería así otro testimonio de lectura del relato de Lázaro comenzando en «Suplico a Vuestra Merced reciba [...]» y no antes.

(56) Francisco Rico ya indica esta idea, entre otros puntos de contacto entre las dos obras, en la nota 14 de su introducción a la edición del *Lazarillo de Tormes*, Madrid: Cátedra, 1987, pág. 53.

(57) Introducción a su edición del *Lazarillo*, págs. 94-96.

(58) La Lozana Andaluza quiere que Silvano, un amigo del autor, le lea, junto a las coplas de Fajardo y a *La Celestina*, precisamente «la comedia Tinalaria»: F. Delicado, *La Lozana Andaluza*, ed. de C. Allaigre, Madrid: Cátedra, 1985, pág. 399.

(59) Cito por la ed. de Miguel Angel Pérez Priego de la *Obra completa* de Bartolomé de Torres Naharro, Madrid: Biblioteca Castro, 1994. «Toma, come, *triunfa,* que para ti es el mundo» le dice el clérigo a Lázaro (pág. 50).

(60) «Que es la cosa del mundo que yo más quiero» dice Lázaro de su mujer antes de afirmar «que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo» (pág. 134).

(61) «Con el cual él vino a casa tan ufano como si tuviera el tesoro de Venecia», dice Lázaro del escudero (pág. 95).

(62) Con el vino lavan a Lázaro «la cara y la gargan-ta» la mesonera «y los que allí estaban». D. W. McPheeters en su ed. de la comedia, en nota, señala ese recuerdo (Madrid: Castalia, 1973, pág. 113).

(63) Como he citado ya: «Mantenéislas vosotros, y gozamos nosotros dellas» (pág. 146).

(64) «¿Guardaste de los faisanes» (v. 441); y el escudero de Lázaro: «no hay faisán que ansí me sepa» (pág. 90). Barrabás: «Haz una salsa beata» (v. 454). El escudero: «Con almodrote –decía– es éste singular manjar», y Lázaro dice sin que le oiga: «Con mejor salsa lo comes tú» (pág. 90).

(65) «Cuando el pobreto iba a beber [...]» dice Lázaro del ciego (pág. 32).

(66) Y no hace falta recordar el caldo de los pupilajes de Guzmán y Pablos.

(67) Y con los remos en las manos vemos al grupo de ánimas que suben a *la galera* de Carón (su barca no le bastaba) al final del primer libro. Les dice el barquero: «Ea, pues, sentaos todos y comenzad de remar» (pág. 203).

(68) El rústico del introito del *Diálogo del Nascimiento* también dice que ha mandado una carta a la sobrina de Alonso Llarado, se la ha escrito un zagal «que sabe leer y medio gramata», y ella le contesta (vv. 40-69). Y además añade que le han dicho «que la a retoçado Miguel sacristán, | y que no sé qué, que no sé qué allá» [vv. 95-97]. En la comedia *Calamita*, Floribundo escribe una carta amorosa culta y Jusquino, su criado, le corrige diciendo que sería mejor que comenzase «La presente | es por hazeros saber [...]» (vv. 655-656). Y en *Aquilana* hay una escena muy divertida entre Aquilano y su criado Faceto en torno a una carta que el señor ha recibido de Felicina.

(69) También así en el *Lazarillo*, pág. 131.

(70) Y el Marqués afirma «que la vida | por la fama es bien perdida» (*Ymenea*, vv. 798-99).

(71) Ya Joseph V. Ricapito le atribuyó la obra en lo que llamó «una hipótesis arriesgadísima», en la introducción a su edición del *Lazarillo*, Madrid: Cátedra, 1976, págs. 44-51; pero apelaba sólo a afinidades (como dice F. Rico, introducción a su ed., pág. 39), «al estilo y la tonalidad crítica» de ambas obras; veía «la misma malicia, sátira e ironía crítica» en el *Lazarillo* y en la primera parte del *Mercurio y Carón*. Pero no aportó elemento alguno que avalara su certera intuición.

(72) Antes ha hablado de que «dos gustos no son todos unos»; en el *Mercurio y Carón* hay una larga exposición sobre «la diversidad de las complesiones, condiciones e inclinaciones de los hombres» a propósito de la estricta regla del monasterio (págs. 267-68), que permite

ver (y admirar) el dominio que tiene Valdés de dos registros de lengua tan distintos.

(73) La cronología interna de la obra funciona perfectamente con esta nueva datación.

(74) «En todos los otros bienes mýos muebles y raýces havidos y por aver en qualquier parte que sean o fueren ynstituyo y hago my heredero universal al dicho Joan de Valdés mi hermano y a los suyos a todas sus voluntades con condición que sea obligado a mantener toda su vida a Margarita de Valdés, my hermana [...]» (Testamento, Viena a 5 de octubre de 1532, en *Obra completa*, pág. 275).

(75) Como también lo es darle las gracias a José Antonio Pascual por la sabia lectura de estos dos capítulos y a Víctor García de la Concha por la generosa acogida que dio a este trabajo en las páginas de *Ínsula*.

INDICE ONOMASTICO

Alemán, Mateo 11, 13, 19, 66, 72
Allaigre, Claude 71
Apuleyo, Lucio 34, 35
Asensio, Manuel J. 32, 37, 67, 68

Baldo 45-47, 61
Bataillon, Marcel 68, 70
Blecua, Alberto 16, 34, 46
Bueno, J. J. 11

Cañas, Jesús 16, 62, 64
Carnero, Guillermo 10
Caso González, José 64
Cátedra, Pedro M. 68
Cavaliere, G. 16
Cervantes, Miguel de 28-29, 34
Cicerón, Marco Tulio 14, 61
Cortázar, Julio 26
Cuartero, Mª. Pilar 67

Delicado, Francisco 71
Dichos graciosos españoles 47, 61
Domenichi, Ludovico 35

García de la Concha, V. 15, 29, 73
Gregorio el Grande 43
Guzmán de Alfarache, véase Alemán

Jonás 43
Junta, Juan de 18

Lázaro Carreter, F. 63, 67
López de Cortegana, D. 34

Macías 60
McPheeters, D. W. 71
Morel-Fatio, Alfred 33
Moreno Báez, Enrique 63

Nucio, Martín 17

Pascual, José A. 67, 73
Pérez Priego, Miguel Á. 71
Plinio el Mozo 13
Pontano, J. 36

Quevedo, Francisco 11, 15, 23, 24, 27, 63, 71

Ricapito, Joseph V. 72
Rico, Francisco 7, 12, 13, 16, 21, 22, 23, 24, 30, 35, 43, 47, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 71, 72
Rubio, Lisardo 67

Ruffinatto, Aldo 63
Timoneda, Joan 35
Torres Naharro, B. de 48-61

Ureña, Conde de 31

Valdés, Alfonso de 36 y *passim*
Valdés, Juan de 32, 43, 45, 48, 60, 68, 73
Valdés, Margarita de 73
Vélez, Dr. 45
Vian, Ana 67
Vilanova, Antonio 33, 41, 67, 69

TABLA

1

De cómo Lázaro de Tormes tal vez no escribió su obra . . . . . 9 - 24

11-12 *[Desde la lectura de Quevedo]*
13-16 *Las dos partes del prólogo.*
16-17 *El epígrafe casi oculto.*
18-19 *¿Errata o «lectio difficilior»?*
19-22 *El folio perdido.*
22-24 *A la luz de la hipótesis.*

2

Sobre la fecha y el autor de la «Vida de Lazarillo de Tormes» . . . . . 25 - 62

27-32 *Vuestra Merced, Lázaro y el Arcipreste de San Salvador.*
32-45 *El erasmismo del autor del «Lazarillo».*
45-48 *El «Lazarillo» y el «Baldo».*
48-60 *La «Propalladia», el «Lazarillo» y Alfonso de Valdés.*
61-62 *Conclusión.*

Notas 63-73

Índice onomástico 75-77

De este libro se han impreso ciento cincuenta ejemplares
sobre papel verjurado y cuatro en papel de hilo,
todos sin numerar. Acabose de imprimir
el día de la santa Rosa de Lima
del año dos mil y dos.

LAVS ✠ DEO

SEMINARIO DE ESTUDIOS
MEDIEVALES Y RENACENTISTAS
(SEMYR)

PUBLICACIONES

SERIE CHICA

1 Eugenio ASENSIO, *El erasmismo y las corrientes espirituales afines. Con una carta prólogo de Marcel Bataillon.* 2000.
2 Fernando BOUZA, *Comunicación, conocimiento y memoria en la España de los siglos XVI y XVII.* 1999. Primera reimpresión.
3 Pedro M. CÁTEDRA & Jesús D. RODRÍGUEZ VELASCO, *Creación y difusión de «El baladro del sabio Merlín».* 2000.
4 Domingo YNDURÁIN, *Las querellas del Buen Amor. Lectura de Juan Ruiz.* 2001.

CATÁLOGO DE LA PREDICACIÓN HISPANA

1 Manuel A. SÁNCHEZ, *La primitiva predicación española medieval.* 2000.
2 Pedro M. CÁTEDRA, *Los sermones medievales en romance de la Real Colegiata de San Isidoro de León.* 2002

DOCUMENTA

1 Pedro M. CÁTEDRA, *Poesía de Pasión en la Edad Media. El cancionero de Pero Gómez de Ferrol.* 2001.
2 Antoni ROSSELL, *La obra poética y musical de Gaucelm Faidit.* En prensa.
3 Francisco BAUTISTA, Georgina OLIVETTO, Marïa SÁNCHEZ, Juan Miguel VALERO; coordinación de Pedro M. CÁTEDRA, *Las «Istorias de la divinal vitoria y nueva adquisicióón de la muy insigne cibdad de Orán» de Martín de Herrera.* En preparación.

INVENTARIO

1 Vicente BÉCARES, *La compañía de libreros de Salamanca (1530-1534)*. 2002.

2 Pedro M. CÁTEDRA, *Imprenta y lectura en la Baeza del siglo XVI*. 2001.

HOMENAJES

1 *«venida es, venida» Postillæ in «Corpus» Margit Frenk. Homenaje del SEMYR*. 2001.

ACTAS

1 *Libros de caballerías (del «Amadís» al «Quijote»). Poética, lectura, representación e identidad*.2002.

Monografías de R. Beltrán, J. M. Cacho Blecua, J. Casas, P. M. Cátedra, L. D. Cuesta, F. Gernert, J. Gómez-Montero, P. Gracia, J. Guijarro, B. König, J. M. Lucía, Mª. C. Marín Pina, A. Montaner, W. Nitsch, R. Ramos, S. Requena, J. Rodríguez Velasco.

HOJAS SECAS

0 *«Tratado que hizo Alarcón», alquimista del arzobispo Alonso Carrillo*. Edición y estudio de Pedro M. CÁTEDRA. 2002.

1 Rosa NAVARRO DURÁN, *«Lazarillo de Tormes» de Alfonso de Valdés (c. 1530)*. 2002.

EN COEDICIÓN

1 Mª Cruz GARCÍA DE ENTERRÍA & Mª José RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN, *Pliegos poéticos españoles en siete bibliotecas portuguesas (s. XVII). Catálogo*. 2000.